

RECUERDOS DE UN TROFEO DE INVIERNO

MONTES DE VITORIA - AMANECER

Transcurren, monótonos y tristes, los últimos días del mes de diciembre. La nieve, un tanto perezosa, no se decide a descender a los valles, habiendo tomado posiciones en las cúspides de las montañas más altas. Un fuerte viento «castellano», enfriado a su paso por las nevadas sierras de La Demanda y San Lorenzo, azota la llanada alavesa en la que impera una temperatura que invita más a la alegre tertulia junto a los crepitantes troncos del hogar que a la visita dominguera a nuestras cumbres.

No obstante, todavía noche cerrada, emprendemos nuestro caminar, desde Vitoria, en dirección al pueblecillo de Berrostequieta, enclavado en las faldas de Zaldiaran.

Lentamente va despuntando el nuevo día, sin ninguna transición rápida, sin ninguna muestra de que ello sucede, ni el trino de los pajarillos, ni la tenue brisa que, como barriendo las sombras, precede en otras estaciones a la salida del astro rey, ni los mil pequeños ruidos que producen los diminutos animalitos que pueblan los campos, nos han anunciado el despertar de la luz, como lo hacen en el estío.

Cuando ya hemos dejado atrás las agrupadas casas de la dormida aldea, y ascendemos por las laderas de Zaldiaran, han comenzado a perfilarse las siluetas de las sierras sobre un cielo totalmente cubierto de espesos nubarrones, tras los cuales el sol permanece oculto. Luego ha sido la blanca cinta de la carretera que en continuas revueltas sube por la parte inferior de la loma por la que ahora caminamos, la que aparece a nuestra vista, para seguidamente comenzar a presentarse todos los pormenores del extenso paisaje.

A medida que ganamos altura va aumentando en intensidad el viento, obligándonos a marchar con nuestros cuerpos agachados para presentar menos extensión a su furia. En las alturas encontramos los árboles cubiertos por una buena capa de hielo, semejando blancas antorchas que se elevan en sublime plegaria al Sumo Hacedor.

El resto de la mañana continúa desapacible y triste, comenzando a descargar las nubes su líquido cargamento cuando al mediodía regresamos a nuestro punto de partida.

GORBEA - MEDIODIA

Bien mediado el mes de enero, tras una semana de claros días y despejadas noches, con fuertes heladas, amén del gran manto níveo que cubre el macizo del Gorbea, nos animan a emprender una ascensión a su punto culminante. No obstante, tan buenos presagios, en la noche del sábado aparece el viento «bochorno», generalmente fuerte y de elevada temperatura, haciendo desaparecer mucha de la nieve de las montañas, y transformando todos los senderos y caminos en improvisados arroyos, que trasladan a los valles lo que hasta hace escasas horas era blanco manto.

Hasta las chavolas de Atxuri solamente hemos tenido que atravesar pequeños ventisqueros, en las zonas expuestas al norte. Desde las cabañas contemplamos, como telón de fondo, la clásica silueta de la peña de Lekanda, que filigranea y juega al escondite, a medida que las nieblas, zarandeadas brutalmente por el fuerte viento, pasan velozmente por sus escarpados cortes.

El corredor para alcanzar Eguirñao se presenta totalmente cubierto de nieve en magníficas condiciones, siendo menos penoso y más agradable caminar sobre ella que por las sueltas y deslizantes piedras de su rocoso suelo.

La niebla, hasta hace poco dueña de estos parajes, los ha ido abandonando, encontrándose ahora en las cúspides de los picos más altos. Rebasamos el collado formado por las grises peñas de Aldamin y la amplia loma del Gorbea, por la que ascendemos lentamente, sobre blancas y heladas manchas de nieve.

Pronto entramos en los dominios del cerrado celaje, siendo difícil distinguir al compañero que camina algunos metros por delante. La Cruz cimera se presenta, cual fantasmal sombra de retorcida silueta, emitiendo extraños y desentonados quejidos al ser herida en su férrea construcción por el imprecable viento.

La bruma sigue envolviéndonos en su algodonosa masa, mientras rápidamente descendemos por la alargada loma en demanda de los más acogedores rincones de Pagazuri.

Las Neveras, haciendo honor a su nombre, las encontramos bien surtidas de blanco elemento, el cual ha formado en su parte alta impresionantes y nada seguras cornisas, como lo atestiguan grandes bloques de nieve existentes en la parte inferior y desprendidos de su insegura masa.

Despacio vamos recorriendo el camino hacia Murúa, con pena de abandonar estos parajes en los que hemos vivido una magnífica jornada, llena de intensas emociones.

AMBOTO - ATARDECER Y NOCHE

En los primeros días del mes de febrero, aprovechando la luna llena y con la promesa de una clara noche, abandonamos el Santuario de Urquiola, cuando ya el sol, en su diario declinar, se oculta tras la nevada cumbre del Gorbea.

Atravesamos Asuntze, así como las nuevas instalaciones para la explotación de sus canteras. encontrándonos en las faldas del Amboto, cuando ya los últimos destellos de la luz diurna se van extinguiendo para dejar paso a la más blanquecina, aunque excelente en claridad, de la luna, que ilumina perfectamente la clara caliza, de una manera un tanto fantasmal. Alcanzamos la cresta y ante nuestra vista se destacan grandes placas de nieve que salpican el cono final de esta arrogante cumbre, despidiendo destellos de plata al ser heridas por la argentada luz lunar. El firmamento ha ido encendiéndose y se muestra colmado de luceros. En los valles, oscuros y sombríos, centellean diminutas lucecillas, semejando pequeñas luciérnagas, que corresponden a los numerosos caseríos enclavados en estos lugares.

El descenso lo efectuamos por el espolón del Eskillar y desde el ojo del mismo nombre, tras sus negros y erosionados bordes, contemplamos la más impresionante de las paredes de este coloso, cual informe y pulida pared de plata.

Tras las últimas y herbosas rampas alcanzamos el plácido lugar de Zabalandi. Sobre la solitaria y pétrea cumbre de Izipitze se han posado tenues nieblas, empujadas por suave brisa. Desde la entrada del enmarañado bosque, cuyas desnudas ramas susurrando dulce armonía, presentan extrañas y movedizas sombras, miramos las agrestes laderas del Amboto, cuya esbelta silueta se destaca sobre el límpido firmamento, haciéndonos pensar todo ello en los legendarios aquelarres, trasladándonos a un mundo de leyendas en el que ocupa el primer puesto la conocida y temida Dama de Amboto. -

GERARDO LOPEZ DE GUERENU
(De la Excursionista «Manuel Iradier»)